

“Hemos visto salir su estrella, y venimos a adorarlo”

Pautas para la homilía

¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido?

Cuando preguntaron a Jesús si era él el Cristo, Jesús no contestó con un discurso elocuente sino que remitió a los hechos que llevó a cabo con su propio cuerpo: los ciegos ven, los cojos andan, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la buena noticia. Este es también el programa para dar razón de nuestra esperanza.

Manifestamos la gloria de Dios en medio del mundo cuando contribuimos a quienes no ven motivos para la esperanza los reencuentren; quienes tienen paralizada su conciencia o su capacidad para amar o perdonar, la movilizen; quienes han olvidado escuchar, oigan un mensaje de gracia que les despierte el deseo de seguir a Jesús y el interés por dialogar con sus semejantes. Dios se manifiesta desde una gruta recién nacido para “hacer nuevas todas las cosas” cuando salga de la gruta del sepulcro.

Dios ha tomado un cuerpo, el Hijo encarna una personalidad concreta en la que vemos cómo es Dios y cómo relacionarnos con Dios. Qué es el hombre y cuál su vocación, sus tentaciones y destino. Desde entonces los discípulos de Jesús buscamos prolongar allá donde habitamos, la misma vida de Cristo respecto al modo de relacionarnos con Dios, con las personas y con el mundo.

Nuestro cuerpo y nuestra personalidad tan diversas, están marcadas por un estilo concreto, tienen una orientación concreta, una medida: son medio para entrar en relación y comunión. Formamos el Cuerpo de Cristo en la Iglesia, compartimos el Cuerpo y la Sangre del Señor en la eucaristía y sentimos como nuestras las alegrías y tristezas de los cuerpos de las personas a quienes llamamos más que prójimos: amigos o hermanos. Prolongamos la encarnación con su fuerza sanadora al contacto con las heridas propias y ajenas.

Le ofrecieron regalos

Hoy en muchos hogares es día de abrir regalos. Los que recibió Jesús anunciaban su identidad y su destino: el oro por su realeza; el incienso por su divinidad; la mirra para su sepultura cuando entrega su vida para la salvación del mundo. Cristo nos dejó un regalo en la eucaristía, su Cuerpo es presencia adorable y permanente. El Espíritu Santo prolonga la Encarnación que toma Cuerpo en la misa.

El regalo pretende la alegría y la sorpresa. Alegrémonos como los Magos que “al ver la estrella se llenaron de inmensa alegría”. Hemos recibido muchos regalos, es más, podemos hacer de los encuentros, “regalos gratuitos”. El amor de Dios nos ha encontrado y nosotros a El. Tenemos motivos para el gozo: crecer en la Navidad cotidiana, prolongar y celebrar la Encarnación del Hijo de Dios cada día. La que hace del amor un credo que se celebra con todo el cuerpo en la liturgia, y

se confiesa con hechos de vida. Somos mujeres y hombres de deseos, algunos cumplidos, otros por llegar. Tenemos sed de vida abundante para todos, sed de Dios y sed de comunión verdadera. Tenemos ideales, aprendemos a luchar, resistir y sortear dificultades. También sabemos confiar y adorar... Cada día y cada noche de este nuevo año pueden depararnos momentos de asombro con los que ensanchar el corazón.

Tu corazón se asombrará, se ensanchará

Cuidemos la capacidad para el asombro. ¿Y si educásemos una mirada capaz de descubrir en la oscuridad de la historia y las historias personales, la luz y la gloria del Señor rompiendo con su resplandor tinieblas y pecados? ¡Levántate! Que llega tu luz. Conviértete en luz, levanta a otros con lo que puedas. ¿Dejarás que aquellos a quienes levantas alumbren también tu camino? Ese camino que Dios hace contigo. Salgamos pues a las calles a buscar, como los Magos, dónde está hoy, el Rey de los judíos. No llevamos oro ni plata, sino manos abiertas y el fuego del Espíritu de Cristo en los corazones. Él hace el resto y llega el asombro.



Fray Xabier Gómez García O.P.
Convento de Santo Tomás de Aquino "Olivar" (Madrid)